

DILETTANTE
(ENDARA)

EN MEMORIA DEL MÁRTIR

ELOY ALFARO Y SU ÉPOCA



1923

TIP.—EDITORIAL CHIMBORAZO.—QUITO

En memoria del mártir

ELOY ALFARO y su época

Todavía no se escribe la Historia del Partido Liberal. El gran publicista ecuatoriano, don Roberto Andrade, publicó un libro sobre la vida y la muerte del General Eloy Alfaro. Pero el análisis científico de la época en que surgió la formidable revolución del 5 de Junio y el medio ambiente en que iba a actuar el Viejo Luchador, está todavía por estudiarse. Aquí no queremos hacer ahora una apología grandilocuente del ilustre mártir del 28 de Enero. — Aquí queremos ahora impugnar ciertos conceptos, rectificar ciertas ideas, que los enemigos del Partido Liberal, con la ceguera de las pasiones y al desvío del odio, han acumulado sobre la cabeza del Mártir. Y es que a muchas almas oscuras no les dolió el adueñamiento del Liberalismo, sino la victoria del perseverante guerrero, y han exclamado:— Cuando Alfaro llegó al Poder, no era sólo el triunfo del Partido, sino el triunfo de una persona:— La odiosidad política que ta-

les premisas sienta, revela en seguida chatez espiritual y analfabetismo absoluto de la época, el hombre y los acontecimientos.

Hay que ser justos por sobre todas las cosas! Y, por lo mismo, es necesario, forjar el criterio conforme a una disciplina lógica que estudie la época del advenimiento del Partido Liberal, la situación política y social de la República, las necesidades provenientes de la catástrofe del momento histórico, el ideal que encarnaba Alfaro y la clase de Régimen que derivaba la revolución del 95.

Yo he oído con frecuencia la anomalía de que era una desgracia que triunfe Alfaro con el triunfo del partido que encarnaba. ¿Una desgracia? ¿Y por qué? Tampoco podía suceder de otro modo, si Alfaro era un caudillo que había combatido más de veinte años, si había sido la voz de los guerrilleros y el clarín de la asonada, si al conjuro de su nombre y al prestigio de su espada, se agolpaban los luchadores liberales para herir la sombra circundante del despotismo conservador. Sin el genio de Bolívar no se hubiera realizado la independencia de América; sin la tenacidad ilusa de Alfaro no hubieran triunfado las ideas liberales en el Ecuador.

Alfaro fue un hombre alucinado. Acaso en su conciencia íntima se creía un «providencial»—raza de hombres en la cual creían los políticos de antaño y que bien muerta está—pero, sin disputa, era de los especímenes que viene a llenar un momento histórico que estaba germinando lentamente en el tiempo. Y es que para cada época surge el político que se necesita. Después de las profundas convulsio-

ñes que despertó en las almas la pluma agitadora de Montalvo, después del surco que había abierto en los espíritus este gran luchador y que estaba pronto a recibir las nuevas ideas que sembraban sus discípulos, se esperaba ávidamente la aparición mesiánica. Se aguardaba al Hombre. En la aurora todavía incierta de una nueva época que se vislumbraba, debía brillar la espada de Alfaro oteando amenazante sobre el régimen que se enseñoreaba implacable desde la proclamación de la República. Vargas Vila tuvo una frase feliz: «Alfaro, dijo, es el verbo de Montalvo hecho hombre». Es una verdad pura que el tiempo magnificará. Porque la doliente siembra de la idea liberal, toda la inmensa amargura que tragarón los pocos hombres que la proclamaban, se hubiera desvanecido en el vacío, en la carencia absoluta de esfuerzo, si no hubiera asomado el combatiente que iba a hacer carne el aéreo revolar de los principios. La palabra debía hacerse fuego, la oposición ideológica debía tornarse en vivac, la catilinaria en fusil. Y para eso era necesario un hombre, el guerrero alucinado por su propio destino, el luchador obsesionado y creyente de que las victorias surgirían de la perseverancia de la acción. Alfaro era la promesa mesiánica y que, aún sin conocerlo, hubieran aguardado las almas como al «que vendrá». Y fue este hombre el que nunca tuvo el ojo puesto en otra quimera, el que jamás desconfió de su idea acariciada, y allí, donde sonaba un motín, aparecía su silueta; allí, donde oía un grito de libertad, se levantaba su figura. Perdidó, prófugo, proscrito, miserable en veinte combates, la adversidad no tuvo fuerzas para

minar su esperanza de hierro. Siempre volvía a la lucha con el alma alucinada y colmada de ilusiones de libertad que fatalmente se extinguían tan pronto y tantas veces como había tornado.....

Teófilo Gauthier, hablando de los poetas, oculta una profunda verdad en el seno de esta frase leve: «Ce ne sont pas les petits pois qui font naître les printemps; mais les printemps qui font naître les petits pois». Y tanto como a los trovadores se puede adjudicar a los políticos la certidumbre de estas palabras. No son, en efecto, los políticos los que forman las sociedades, como no son los garbanzos los que crean la primavera. Por el contrario, las sociedades forman los políticos como en la primavera florecen los garbanzos. ¿Cómo se quería, entonces, que triunfe el partido sin que culmine sobre el fragor de la victoria, la silueta de un hombre? Un hombre es suficiente para llenar toda una época y es necesario ignorar la esencia misma de la Historia para hallar ilógico el triunfo de un caudillo. Las aspiraciones populares, la encarnación del ideal político, la coalición del momento histórico, toda la fisonomía, en fin, que caracteriza un instante de vida de las naciones, lleva grabado una sola alma que es como la clara expresión del querer, del sentir y del pensar de los millones de almas que ponen en ella toda su esperanza y cifran en ella todo su porvenir.....



Muy frecuentemente he oído decir que Alfaro era un tirano. ¿Tirano Alfaro? He aquí un lugar común que el transcurso del tiempo ha convertido en prejuicio, arrojándolo muy tarde en la inconsciencia de las multitudes. ¿Qué entenderán por tirano esos políticos de pacotilla, que tienen el alma llena de viruta y aserrín? A cada instante he leído frases como ésta: Alfaro fue un déspota; Al venir en otra época, quizás hubiera sido un tirano bueno; pero su omnipotencia hería, su despotismo insultaba.

Y esta frase, repetida de año en año y de boca en boca, ha llegado a cobrar tintes de certidumbre, no obstante constituir la más absurda de las falsías. Pero antes de continuar adelante, es imprescindible hacer aquí dos preguntas: Fue Alfaro efectivamente un tirano? ¿Pudo venir en otras circunstancias? No. Y de mis razonamientos anteriores, se desprende que el viejo guerrillero llegó al Poder a la llamada de la época, cuando el desastre de una institución carcomida por setenta años de mando, cuando el desmoronamiento de un régimen que estaba minado por la sombra, la concupiscencia, la hipocresía y la mentira, clamaba la savia vibrante de otros hombres que, al hacer la ofrenda de las nuevas ideas, vertieran también la luz desenmascaradora del misterio en que vivían los seres y las cosas!

Alfaro era un hombre reformador; ¿cómo se quería la introducción de la reforma? Yo creo que las Repúblicas débiles para encauzar

su evolución y dar un salto hacia el porvenir, necesitan de la virtud de un temperamento tenaz que lleve coaligadas todas las facultades fuertes del hombre. Un país anémico como el nuestro, convaleciente de larga obscuridad — el peor de los males — en el 95, urgía una palanca que le sostenga, un hombre pleotórico de vigor que supla y transfigure en sangre la debilidad del país.

Y Alfaro si fue fuerte y fue tirano—cosa muy improbable—no lo fue, por lo menos, en la medida que necesitaba el país desangrado. Y esta es una grave inculpación que mañana le hará la Historia. Porque el General Alfaro debió realizar la gran idea de González Suárez que quería ver en el Viejo Luchador un García Moreno radical para que sea un reformador absoluto. Y es que sólo así, habría podido realizar todo lo que debía realizar, todo lo que germinaba en la gran aspiración de los principios liberales; pues era necesario tener presente que no haciéndolo todo en ese instante, al amparo de la situación convulsionada, las dificultades adquirirían un puesto y el enemigo las alimentaría con tesón inaudito.

Así ha pasado. La prueba es que en reformas trascendentales para la vida republicana no se ha adelantado un paso. Y las cosas siguen y se mantienen tal como las dejó Alfaro. Ser un reformador sin ser un tirano, es un absurdo. Realizar algo grande sin atropellar resistencias y oír el clamor de la protesta, es inexplicable.

Consecuentemente, la oposición a su gobierno fue ruda y violenta. Es natural. Si el caudillo heroico vino antes que nada

a destruir el imperio de la élite, es decir, a amenguar el poderío de lo que se llama entre nosotros nobleza, la cual, asentada sobre el dinero, hermanada en política con el clero que estaba apropiado del poder, iban hundiendo a la República cada día más hondo y convirtiéndola en un despojo que se debatía vanamente en las tinieblas que, para reinar con mayor facilidad, vertían en las almas los sotaneros, dominando las rebeldías con el foete. Era el señorío de la cruz vinculado en íntimo consorcio con todas las altas fuerzas del país. . . .

La revolución liberal fue una garra rampante que se adueñó del poder, quitando a las fuerzas coaligadas una de las armas con que hasta entonces había hecho del país fundo propio y campo abierto a todas sus cosechas, con franca ignorancia de los altos derechos humanos y de las bellas conquistas que a sangre y fuego ha hecho la civilización. Y una vez apoderado del Capitolio el Partido Liberal, todavía ha quedado en manos del enemigo secular todas las restantes fuerzas, siendo una de ellas el Clero, la educación jesuítica que se difunde por toda la República y cuyos tentáculos van tan lejos y cuyas simientes con tanta sabiduría arrojan hacia el lejano porvenir.

¿E iba a quedarse sin hacer nada la élite? No. La élite es aquí esencialmente conservadora y por lo tanto odió y enseñó a odiar. Se valió de toda la raigambre de sus medios ocultos para echar el grano de la venganza y el germen del odio en todas las esferas sociales. Y ese grano del odio y de la venganza

floreció por todas partes, ayudado por el Clero al principio, y más tarde—suprema desgracia—encontró un estímulo maravilloso en las disensiones del propio partido liberal, en los enojos familiares, en la oposición de casa adentro. Esto, naturalmente, hizo reír a los conservadores, que veían en la disgregación de los liberales el punto de apoyo para una reacción favorable o, por lo menos, el resquicio para sacarse la feroz espina de la represalia contra el hombre que les había arrancado el poder y que, flameando como una bandera el prestigio de su nombre, clavara el estandarte rojo en la cúpula del Capitolio....

Y la obra de los conservadores, fue encender el odio más implacable y feroz contra Alfaro, un rencor tan infinito que la Historia se sorprenderá mañana de que pueda haber tanta maldad en el frágil corazón del hombre, culminando la actuación redentora del Viejo Caudillo en el crimen horripilante del 28 de Enero. Pero al crimen ha sobrevenido el estupor. Apenas han pasado doce años y la figura de Alfaro surge ya de las cenizas de las piras flameantes, consagrada por el mármol y el bronce

Alfaro es eterno e inmortal. Y cuando se escriba la Historia del Liberalismo, su nombre heroico, magnificado por el tiempo y agrandado cada vez más por el transcurso de los años, constituirá el orgullo de su Patria y encarnará también la gloriosa bandera del Partido Liberal.

Quito, 5 de Junio de 1923

DILETTANTE